

Humanismo clásico:

En busca de la sensatez perdida*

Faustino Chamorro**

Tratar de comunicar algo de lo que uno siente y estima como bueno, es tanto como dar participación de frutos opimos al compañero de fatigas. La difusión de lo bueno siempre arranca felicidad, y es necesariamente espontánea, según aquello del "bonum diffusivum sui". Mas por otra parte, no se me oculta el riesgo que se corre, en el tratamiento y codificación de un tema que, por sobradas pero no justificables razones, podría resultar árido y estéril.

Cuando me puse a ordenar mi mente, para en unas palabras, -breves palabras- hacer sensible lo que voy a comunicar, pensé que la frase *En busca de la sensatez perdida* resumía en sí lo que trato de apoyar y defender y lo que, a mi parecer, nuestro Studium persigue con insistencia.

¿Y qué se propone al Studium Generale Costarricense para buscar restablecer, reinstaurar la sensatez perdida? Una especie de certificado. Unos Estudios Comunes que habiliten el amplio camino probado en su efectividad por generaciones y generaciones de pueblos y pueblos; con la intención y el propósito de establecer de nuevo el eslabón perdido que coloque al joven universitario en contacto con la cultura universal. O dicho de otra manera: con los Estudios Comunes se plantea un reto firme, de metas claras; quizás con voz un tanto debilitada, no por deficiencias en la fuerza de su planteamiento, de su grito y su razón, sino por la sordera provocada por el medio en que vivimos; mejor dicho, por el medio -permítaseme decir- que nos vive. En una palabra: se quiere instaurar una probada "Paideia del saber", como señora, y a la vez como "ancilla" de la "*Paideia de las Ciencias*".

La enseñanza en la actualidad, y en nuestro sistema educativo costarricense, olvidando el amplio y prístino sentido del vocablo educación, o usando tal término con un desplazamiento semántico, se ha

deslizado catastróficamente hacia la *Paideia de las Ciencias* que nos está llevando -que ya nos llevó a una deshumanización. Deshumanización que embarga y domina las estructuras del mundo en que vivimos. ¿Vivimos? Tratamos de subsistir en alocado combate, frente a las hostilidades con que las ciencias como saberes y las técnicas como modos de operar sobre las cosas, vienen desdeñando con sobrada dosis de burdo pragmatismo, la *humanitas*, cuyo caldo de cultivo siempre fue y seguirá siendo el clásico *otium*.

El hombre en ciertos aspectos se ha convertido en un tronco a la deriva, entre el predominio tormentoso de sus inventos. No está la máquina contra el hombre; simplemente está frente al hombre. Sin embargo, es la negación, la merma de la *humanitas*, la que hace ir perdiendo al hombre su posición, su prerrogativa de ser racional, su sentido de la *causa finis* ante la máquina.

"Daedalus, uir magno ingenio praeditus..." Érase una vez -dice un mito clásico- un varón de nombre Dédalo, dotado de sumo ingenio, el cual, obligado a cumplir su destierro, fue acogido en la isla de Creta. El tirano de la isla le ofreció su hospitalidad y protección. Dédalo, en correspondencia, construyó para el monarca el inmenso Laberinto. Pero después el tirano, el rey Minos, encerró a Dédalo y a su hijo Icaro en el Laberinto. Para poder escapar, Dédalo construyó unas alas con plumas y con cera y las adaptó a sus hombros y a los de su hijo Icaro, recobrando así la libertad. Pero el joven, olvidando las prevenciones del ingenioso Dédalo, se elevó y se elevó agitando locamente las alas por los espacios etéreos, hasta que el sol derretió la cera y, "miser puer in undas cadit", el desgraciado muchacho cae precipitándose entre el oleaje del mar. Mientras tanto, Dédalo, guiado por la sofrosine más que por las posibilidades materiales de su ingenioso artefacto, llega indemne a su feliz destino y dedica a los dioses sus alas como trofeo.

¿Era malo en sí el laberinto ingeniado y construido por Dédalo? No. En absoluto; pero se convirtió en prisión de su ingeniero constructor, porque la ambición, el egoísmo la desconfianza, la falta de "humanitas" condujo al Tirano Minos a cambiar el destino y finalidad del laberinto. Y el artefacto del ingenio humano, que debía de retener aprisionado al monstruo del minotauro, precisamente por una ausencia de "humanitas", retuvo prisionero al hombre que lo construyó.

* El presente trabajo resume la comunicación mediante la cual el autor disertó ante la Corporación de Maestros de Número del Studium Generale Costarricense, con motivo de la instauración de los Estudios Comunes.

** Doctor en Filología Clásica y Lingüística Indoeuropea por la Pontificia Universidad de Salamanca. Catedrático en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional de Costa Rica. Maestro y Miembro de Número del Studium Generale Costarricense de la Universidad Autónoma de Centro América. Autor de varios libros, ensayos y artículos.

Pero el intrincado laberinto no pudo contra el ingenio inagotable de su constructor. "Daedalus vir magno ingenio praeditus", se ingenia, y fabrica las alas de la libertad contra su tenebrosa fábrica, convertida en su prisión.

¿Eran malas en sí las alas, resultado de una técnica de ciencia aplicada, origen ambas del ingenio humano? No, en absoluto. Dédalo las usó bien, como dueño y señor, sin olvidar su prerrogativa de ser racional frente a las posibilidades del objeto concreto que él mismo había realizado; sin olvidar la "causa finis" del objeto que su ingenio inventó. Eran de plumas, eran de cera; eran para salir volando de la prisión; para seguir siendo libre. No eran tales alas para desafiar los espacios infinitos, ni por el propósito del ingeniero, ni por la materia "de qua" fueron hechas.

En cambio su hijo Icaro, siendo idénticas las alas, de la misma materia "de qua" para el mismo propósito, las usó mal. La capacidad atractiva del artefacto hizo olvidar al "miser puer", de la naturaleza y del fin para el que había sido ingeniado y realizado. Unas inocentes alas de pluma y cera frente a la deficiencia de la "humanitas" frente a la ignorancia, son convertidas, de mera causa instrumental en causa eficiente de catástrofe para el hombre: "et miser puer in undas cadit". Quiso Icaro volar tan alto que, gobernado, alucinado, dominado por el artefacto de la invención humana, se olvidó de los consejos de su progenitor, del legado de los conocimientos, de la herencia de la humanidad, de la prudencia, de la sofrosine que regía el ingenio de Dédalo, su padre.

El Studium Generale Costarricense quiere que el hombre, que el costarricense, que sus alumnos sean Dédalos y no Icaros. Pero difícilmente llegarían nuestros jóvenes a ser Dédalos, si las carreras no se fundamentan en una Paideia del Saber que se define con un solo término: HUMANISMO ¿Y cuál es ese HUMANISMO? ¿Se han propuesto tantos a través de la Historia! ¡Y tantos son los que se entrecruzan, se chocan y se oponen en nuestra época actual! Porque cada época ha afrontado sus problemas peculiares bajo la consideración de alguna, o algunas de las facetas del ser humano: Surge un hombre, o un grupo de hombres y enfocan el problema y su solución conforme a sus convicciones y definiciones de la "entitas" humana, de la "hombredad": Marx, Dewey, W. James, Sartre, Marcel, la Bouvoir; los Ferraz entre nosotros; y siga el lector la enumeración en su memoria. Todos, con su valor relativo, ofrecen caminos parciales

Pero nuestro Studium propone, y defiende, con las limitaciones del medio y frente a ellas, los Estudios Comunes, inspirados en un humanismo real en la historia de nuestra cultura, y supratemporal en la

permanencia de sus valores: es el HUMANISMO CLASICO.

Un Humanismo que tiene la capacidad de procurar, como sistema educativo, los fundamentos trascendentales al tiempo y al espacio con los que el hombre, el joven, pueda encontrarse a sí mismo; para que oriente su existencia; para que adopte conscientemente y con plena libertad, una actitud sincera y congruente frente a las circunstancias de su contorno real; como señor de sí mismo, como el Dédalo del mito.

Un humanismo que no sólo fomenta la potencialidad intelectual, sino que además avizora el sentido de la responsabilidad, y procura un acercamiento a la ponderación, tanto de los poderes como de las limitaciones de la condición humana.

Un humanismo clásico, cuya validez y efectividad están probadas a lo largo y a lo ancho de la Historia. Prolijo sería y por demás imposible extenderme, en estas breves palabras, a exponer razones y argumentos que además están de sobra en esta ocasión, en que no existen de mi parte pretensiones apologéticas a ultranza. Pero antes de concluir, repasemos, siquiera, un par de testimonios de autorizada opinión -entre los muchos que tengo a mano- sobre la validez y permanencia del Humanismo Clásico como sistema educativo: el profesor Zielinsky, de la Universidad de San Petesburgo, escribe

"Ignoro en qué consiste el valor educativo de la Antigüedad. Pero es un hecho que el sistema de enseñanza clásica existe desde hace mucho tiempo: que, desde hace mucho tiempo se halla extendido por todos los pueblos de cultura europea; y que estos pueblos no se han civilizado sino al pasar por él. Es igualmente un hecho que si quisiéramos, a la manera de los meteorólogos, representar por una curva las oscilaciones que este sistema ha sufrido en los distintos Estados, la curva resultante representaría asimismo las oscilaciones de la cultura intelectual en dichos Estados. Nos percataríamos entonces de la estrecha relación que existe entre la cultura general y el nivel de la educación clásica. Es, finalmente, un tercer hecho de que, aún en nuestros días, la capacidad civilizadora de un pueblo es tanto más considerable cuanto más seriamente tiene lugar en él la educación clásica, mientras que los pueblos donde falta esta última no desempeñan papel alguno en el mundo de las ideas, sea cual sea su importancia numérica y por grande que haya sido su gloria pretérita".

El profesor de Oxford Cyril Bailey, escribe en Education of Today:

"Un antiguo alumno mío se dedicó a los negocios y solía llevar en el bolsillo cuando iba a la oficina un Homero o un Virgilio. Sus compañeros bromeaban diciendo: "Puede tener algún sentido el aprender lenguas modernas, pero ¿para qué valen esos latines y griegos?" "Para nada, gracias a Dios", contestó él. Tal vez concedió demasiado, pero de todos modos tenía razón. El valor de la educación clásica no se apoya en la inmediata utilidad. Tiene un fin mucho más elevado que cualquier utilidad profesional: el entrenamiento de la inteligencia y el carácter para afrontar la vida con sus problemas, y el llenar el alma, como decía Platón, "de brisas que soplan de parajes amenos".

Finalmente, téngase bien presente que el propósito próximo de estos Estudios Comunes, es suplir con carácter terapéutico, tratando de llenar, las deficiencias o lagunas de formación con que el joven, nuestro joven, se presenta ante el umbral universitario.

En este aspecto, los Estudios Comunes son la "ancilla" que abre camino expedito a las diversas disciplinas que forman el núcleo de cada carrera. No es una desatención a las Ciencias Particulares, ni muchísimo menos. Al contrario: se trata de garantizar el rendimiento del alumno en cada una de ellas, según la carrera; y de que no se conviertan, clausurados en la celdilla de un saber, en los pachones de asador criticados por Ortega y Gasset. Humanizar al alumno es humanizar las ciencias; humanizar las ciencias es tanto como ubicar al ser humano en la posición de Dédalo, y evitar el "miser puer in undas cadat".

Nuestro afán en la búsqueda de la sensatez perdida, tras de la cual corre el Studium Generale Costarricense, deberá ser intenso y estar en constante vigilia, para que los Estudios Comunes cumplan con su cometido.